

lar por ser *Nazareno*, sin contraer una impureza legal <sup>1</sup>, se aproxima todo lo posible, como para agonizar entre los brazos y sobre el corazón de ellos. Espera consuelos y enseñanzas de aquellas tumbas, así como del cielo, haciendo ver con esto hasta la evidencia que es el *Hijo del hombre* y el *Hijo de Dios*, pero también que *da su vida por su propia voluntad*, y que *sólo porque quiere permite que le prendan* <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> NUM., XIX, 16.—Cf. VI, 6.—Las tumbas eran impuras y comunicaban una impureza legal.

<sup>2</sup> JOANN., X, 17-18: «Ego pono animam meam ut iterum sumam eam. Nemo tollit eam a me, sed ego pono eam a meipso».

## CAPÍTULO II

### AGONÍA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Tunc ait illis: Tristis est anima mea usque ad mortem.

MATTH., XXVI, 38.

Et factus in agonia prolixius orabat. Et factus est sudor ejus sicut guttæ sanguinis decurrentis in terram.

LUC., XXI, 43-44.

La agonía, en el sentido ordinario de la palabra, es la lucha suprema de la vida contra la muerte, ese período más ó menos prolongado, durante el cual se rompen uno por uno los lazos que atan el alma al cuerpo, ruptura igualmente dolorosa para la carne que para el espíritu. Por asimilación llamamos agonía á ciertas angustias en que parece que va á cortarse la vida, aunque en realidad sale victoriosa, á lo menos en el sentido de que continúa su curso triste y sombrío. En uno y otro caso la palabra conserva su significación terrorífica, porque expresa la mayor suma de sufrimientos que la naturaleza puede soportar.

Así, no es extraño ver al divino Maestro *sobrecogido de tristeza y de temor* <sup>1</sup> en el momento que entra en ese jardín fatal, «terra damnata» <sup>2</sup>, como decían los antiguos, don-

<sup>1</sup> MARG., XIV, 33: «Cœpit pavere et tremere.»

<sup>2</sup> V. LE PELERIN DE BORDEAUX (en 333), que aplica este nombre al lugar de la traición.

de debía sufrir los estremecimientos de la más cruel agonia. Al tomar el Verbo encarnado la forma humana, se sometió plenamente á las leyes de la humanidad <sup>1</sup>. Según la expresión de Bossuet, de tal manera era Dios, que no podía creerse que fuera hombre; y de tal manera era hombre, que no podía creerse fuera Dios <sup>2</sup>.

«La carne de Cristo, dice Santo Tomás de Aquino, fué capaz de sufrimientos y de la muerte, y, por consiguiente, su alma fué también capaz de sufrir. De aquí resulta que Cristo debió llevar en su alma y en su cuerpo el peso del dolor, lo mismo que nosotros, y debió sentirse atacado de la tristeza y el temor en presencia de lo que le preparaba sufrimientos y le presagiaba la muerte. Todos los estremecimientos de nuestra carne, todas las agitaciones de nuestro espíritu las sintió Jesucristo, con la única diferencia que la razón no estaba turbada, y que la emoción, por violenta que fuera, no llegaba jamás á dominar á la voluntad <sup>3</sup>.» Según frase de Isaías <sup>4</sup>, *sufrió verdaderamente nuestras enfermedades y sobrellevó nuestros dolores*. La unión de la divinidad y la humanidad no suprimía la sensibilidad natural del hombre, sino por una intervención particular; y hasta podía, como vamos á verlo, comunicarle una capacidad de emoción y de dolor que ella no hubiera tenido naturalmente.

Á decir verdad, jamás había dejado de estar viendo lo que le esperaba en Gethsemaní: desde el primer día de su vida mortal había previsto y aceptado su sangrienta terminación. Bien podía decirse que su agonia había co-

<sup>1</sup> S. AUGUSTIN: *de Civitate Dei*, c. XIV.—S. AMBROSIO: *sup. Lucam*, lib. X, n. 61.

<sup>2</sup> *Élévation XIV* (18<sup>e</sup> semaine).

<sup>3</sup> *Summ. Theol.*, III, q. xv. art. 7, *passim*.

<sup>4</sup> ISAI., LIII, 4: « Vere languores nostros ipse tulit et dolores nostros ipse portavit. »

menzado en Belén, oculta á la vista de todos, pero tan real como lo sería en la noche del Jueves Santo. Por misericordiosa providencia había medio cerrado los ojos de su Madre y de sus Apóstoles, á fin de que no vieran, aun cuando él lo iluminaba con un rayo de luz profética, el misterio de su próxima inmolación. Conforme lo decía á los Fariseos, no le convenía acibarar á los amigos del *Esposo el gozo de su presencia*; tendrían demasiado pronto inquietud por su partida y sentimiento por su ausencia <sup>1</sup>. Para él ya era otra cosa: la cruz se dibujaba cada vez más clara en su horizonte, y el deseo de subir á ella, lo sabemos por él mismo, se le aumentaba á cada paso que le aproximaba al Calvario <sup>2</sup>.

¿Cómo se explica entonces esta invasión de tristeza, que él confiesa á sus discípulos, en el momento que entra en Gethsemaní? ¿Es que su alma comenzó solamente á *estar triste*, y deberemos creer que entonces se rasgó ante sus ojos un velo, dejándole ver toda la profundidad del abismo á que iba á descender?

Á poco que se reflexione, es fácil responder. Hasta esta hora la muerte estaba distante: ahora extiende la mano para agarrar su víctima, y el frío de su aliento heló la frente de Jesús. No habría sido hombre verdaderamente si no se hubiese estremecido, tanto más, cuanto las circunstancias de su inmolación se presentaban en su mente con aquella claridad particular que la proximidad de la última hora produce. Sin ningún esfuerzo para detallarlas, las veía ó, si se quiere, las adivinaba todas y cada una al mismo tiempo, asaltado como por una bandada de aves fúnebres, cuyos chillidos y agitado revolotear,

<sup>1</sup> MATTH., IX, 45 et seqq.

<sup>2</sup> LUC., XIII, 30: « Baptismo autem habeo baptizari, et quomodo coarctor usque dum perficiam? »

le causara una angustia insoportable. Es el *tedio* de que habla San Marcos <sup>1</sup>, ese malestar que aun los más animosos experimentan en presencia de una turba amotinada ó ante las olas que barren el puente de un navío que zozobra <sup>2</sup>. Allí está la muerte: sin haberla tenido miedo nunca, es natural estremecerse cuando se acerca, y apenarse á medida que se desarrolla su irrupción. «La inminencia de la muerte, dice Santo Tomás, le causó naturalmente tristeza <sup>3</sup>», y como observa San Jerónimo, «si no hubiera sentido esta emoción tan natural al hombre, no hubiese probado suficientemente la realidad de su encarnación <sup>4</sup>».

Oigamos á Bossuet explicar, en su incomparable lenguaje, lo que en aquellos momentos pasa en el alma del Redentor:

«Durante el curso de toda su vida habla con gozo de su Pasión; muestra continuamente que desea esta hora postrera, la que llama su hora por excelencia, como que habia de poner término á su misión, y que, por tanto, la espera con ansia. Mas no por eso, cristianos, su espíritu está siempre tranquilo: es disposición secreta de la Providencia divina que vaya temeroso á la muerte, porque debe ir á ella como un criminal, porque debe afligirse y turbarse él mismo. Por esto, al sentir que se acerca la hora, dice: «Ahora mi alma está turbada», *Nunc anima*

<sup>1</sup> MARC., XIV, 33: «*Cepit pavere et tædere.*»

<sup>2</sup> «La palabra *zozobra*, significa propiamente, según se ha observado, el movimiento de un hombre de corazón que se encuentra en un peligro inminente: no se abate, no se desanima; pero está impresionado y alterado aunque resiste á la turbación y al sobre-alto; y esta misma resistencia forma parte del malestar y agonía, pues la palabra griega *zôv*, significa *combate, peligro*».—F. LÉTARD: *Tableaux évangéliques*, etc., t. II, p. 393.

<sup>3</sup> *Summ.*, III, q. xv, a. 7: «*Fuit quidem timor in Christo respectu mortis imminētis*», etc.

<sup>4</sup> *In Matth.* XXVI: «*Dominus noster, ut veritatem assumpti hominis probaret, vere quidem contristatus est.*»—Cl. THEOPHYLACT., *In Marcum*, XIV.

*mea turbata est* <sup>1</sup>; es decir, hasta ahora no había sentido turbación alguna; ahora que debo aparecer como criminal, es la ocasión de que se turbe. Y se sintió desmedidamente acosado por cuatro pasiones diferentes: el tedio, el temor, la tristeza y el desmayo: «*Cepit tædere et pavere, et contristari et mæstus esse*» <sup>2</sup>.

«El tedio deja al alma con cierto disgusto que le hace insoportable la vida y pesados cada uno de los momentos. El temor la quebranta profundamente con la representación de mil tormentos que la amenazan: la tristeza la cubre con tupido velo, que todo se lo hace ver como una muerte; y, en fin, este desmayo, este desfalecimiento, es una especie de abatimiento y como postración de todas las fuerzas. Tal era el estado del Salvador en el huerto de las Olivas, según nos lo representa el Evangelio <sup>3</sup>».

En semejante estado se acercaba á la gruta, donde quería ocultar á los discípulos su agonía, juzgando inútil darles ocasión de que, débiles como eran, se escandalizaran; bastábale tenerlos cerca, al alcance de su voz, unidos con el pensamiento á la oración que iba á hacer, y cuya importancia excepcional debían comprender <sup>4</sup>. Sin embargo, se apartaba á paso lento, parándose, al parecer, como si hubiese vacilado en encontrarse solo delante del cáliz cuya amargura iba á probar. Hay efectivamente en el relato evangélico detalles dignos de atención. San Mateo y San Marcos <sup>5</sup> nos muestran al Salvador retirándose un poco apartado antes de arrancarse repenti-

<sup>1</sup> JOANN., XII, 27.

<sup>2</sup> MARC., XIV, 33.—MATTH., XXVI, 37.

<sup>3</sup> BOSSUET: *Primer sermón del Viernes santo*, I.

<sup>4</sup> ORIGEN: *Tract.* XXXV: «*Noletat enim longo fieri ab eis, sed juxta eos constitutus orare.*»

<sup>5</sup> MATTH., XXVI, 39: «*Et progressus pusillum.*»—MARC., XIV, 35: «*Et cum processisset pusillum.*»

namente de la compañía de los Apóstoles, como nos lo dice San Lucas <sup>1</sup>. Acaso también su primera oración la hizo, según lo supone cierta tradición, bajo los olivos, muy cerquita de donde Pedro, Santiago y Juan, tranquilos porque tenían allí al Maestro, se dejaban insensiblemente vencer del sueño.

Como quiera que sea, llegada la hora de presentarse á Dios como la víctima expiatoria de los pecados de los hombres, se arrodilló con pena, se prosternó con el rostro en tierra, y dijo en alta voz: <sup>2</sup> «Padre mío, si es posible, aleja de mí este cáliz <sup>3</sup>.»

La tempestad se había desencadenado, y, como hablan los libros santos, *las grandes aguas*, rompiendo sus diques, comenzaban á embestir, amenazando con sumergirle <sup>4</sup>. «Un hombre, dice Bossuet, acosado de varios torrentes: le empujan, le hacen caer, lo acaban <sup>5</sup>.» Torrentes de iniquidad que de todos los puntos del horizonte arrastran sus aguas fangosas sobre la víctima que quieren tragar-se. A cada ola que le embiste, se abate más su alma, sintiendo crecer la responsabilidad que ha tomado sobre sí y la repulsión con que le mira la Divinidad ultrajada. «Hele ahí prosternado y abatido, gimiendo bajo el peso de esas reatas vergonzosas, no atreviéndose siquiera á mirar al cielo; tan pesada y abrumada tiene la cabeza por la multitud de sus crímenes, esto es, de los nuestros, que verdaderamente ha hecho suyos <sup>6</sup>.»

<sup>1</sup> LUC., XXII, 41: «Et ipse avulsus est ab eis quantum factus est lapidis.»

<sup>2</sup> HEBR., V, 7: «Cum clamore valido.»

<sup>3</sup> MATTH., XXVI, 39: «Procidit in faciem suam, orans et dicens: Pater mi, si possibile est, transeat a me calix iste.»

<sup>4</sup> PSALM. XVII, 5: «Torrentes iniquitatis conturbaverunt me.»

<sup>5</sup> BOSSUET: *loc. cit.*

<sup>6</sup> *Id.*: *ibid.*

Con efecto: ¿no se ha sustituido al hombre, y no responde en verdad de todas nuestras iniquidades, puesto que las ha tomado á su cargo? Y para que conozca bien el número y la malicia de ellas, míralas cómo se desarrollan ante su vista como una especie de cortejo fúnebre, con ese relieve pavoroso de las apariciones á que no llega la claridad del rayo ni la sombra de la noche. «Discernió, dice Bourdaloue, sin mezcla ni confusión, todas las especies de pecados que iba á expiar: los pecados de los reyes y de los pueblos, los pecados de los ricos y de los pobres, los pecados de los padres y de los hijos, los pecados del sacerdote y del seglar. Entre estos torrentes de iniquidad, vió distintamente las maledicencias y las calumnias, las impurezas y los adulterios, las simonías y las usuras, las traiciones y las venganzas. Con toda la vivacidad de su penetración divina, le representó los ímpetus de los soberbios y los ambiciosos, las disoluciones de los sensuales y lascivos, la impiedad de los ateos y libertinos, las imposturas y malignidad de los hipócritas <sup>1</sup>.»

«Representaos á este divino Salvador, sobre quien recaen de un golpe todas las iniquidades de la tierra: por una parte, las traiciones y las perfidias; por otra, las impurezas y los sacrilegios, las imprecaciones y las blasfemias, en fin, cuanto hay corrompido en una naturaleza tan depravada como la nuestra. ¡Oh, qué cúmulo tan pavoroso! Todo eso viene á caer sobre Cristo; adonde quiera que vuelva los ojos, no ve sino aluviones de pecados que van á pesar sobre su persona <sup>2</sup>.»

El profeta le había visto bajo esta inundación, y le había oído clamar sin esperanza: «Sálvame, Dios mío,

<sup>1</sup> BOURDALOUE: *Primer sermón de la Pasión*, I.

<sup>2</sup> BOSSUET: *Primer sermón del Viernes santo*, I.

porque han entrado las aguas hasta mi alma. Atollado estoy en el cieno de lo profundo, y no tengo consistencia. He llegado á alta mar, y la tempestad me ha anegado. Me cansé de dar voces; enronquecieron mis fauces; desfallecieron mis ojos, mientras espero el auxilio de Dios <sup>1</sup>.»

¿No parece que David comenta la palabra del Evangelio: «Padre mío, todo es posible para Ti: pasa de mí este cáliz?»

Pero, lejos de pasar, el cáliz se acerca con aumentos de amargura. Después de la visión de los pecados del mundo, viene la de las expiaciones aceptadas por el hombre que ha querido ser el representante de la humanidad ante la justicia divina.

Entonces se extienden delante de sus ojos la serie de humillaciones y sufrimientos, por los cuales su alma y su cuerpo deben llegar á satisfacer plenamente á tal justicia. Como esos *toros bravos* y esa *jauria de perros* de que habla el profeta <sup>2</sup>, se le representaban sus enemigos arrastrando consigo al populacho que pide sea crucificado: escucha su griterío, siente los golpes, ve las traiciones y deserciones, tiembla con la fiebre de la agonía, bebe la hiel y el vinagre, y siente en su cuello y sobre el corazón la triunfante mano de la muerte. Bajo un cielo negro, en una atmósfera pesada, en medio de un círculo de blasfemos é indiferentes, se le aparece un hombre en

<sup>1</sup> PSALM. LXVIII, 14: «Salvum me fac, Deus: quoniam intraverunt aque usque ad animam meam. Infixus sum in limo profundo et non est substantia. Veni in altitudinem maris et tempestas demersit me. Laboravi clamans, rauce facte sunt fauces mee; defecerunt oculi mei dum spero in Deum meum.»

<sup>2</sup> MARG., XIV, 36: «Abba pater, omnia tibi possibilia sunt, transfer calicem hunc a me.»

<sup>3</sup> PSALM. XXI, 13: «Tauri pingues obsederunt me.»—*Ibid.*, 17: «Circumdede runt me canes multi.»

el patíbulo, clavado de pies y manos con gruesos clavos, coronada de espinas la cabeza, agotadas las venas, jadeante el pecho, abandonado de sus discípulos, con su madre al lado, tan dolorida, que le ocasiona nuevo sufrimiento al mismo tiempo que le consuela; y ese hombre es él, apurando la copa, de la cual repite: «Si puede ser, pase de mí este cáliz.»

«Antes de pasar adelante, vuelve á decir aquí Bossuet, para que se comprenda lo terrible que es este suplicio, tenemos que responder á lo que algunos falsamente se imaginan, figurándose que la constancia inquebrantable del Hijo de Dios, sostenida por su fortaleza divina, impediría que las pasiones agitaran violentamente su alma.»

«Una comparación de la Escritura pondrá en claro esta objeción que está en la mente de muchos. Frecuentemente compara el dolor al mar agitado... y de los dolores del Hijo de Dios en su Pasión dice expresamente: «*Magna est sicut mare contritio tua* <sup>1</sup>; tu dolor es como un mar.» Pues como su dolor se asemeja al mar, en su mano está reprimir el dolor del mismo modo que en otro tiempo dominó las aguas alborotadas, como se lee en el Evangelio. Levantándose en cierta ocasión una tempestad, mandó á las aguas y á los vientos, «y sobrevino, dice el Evangelista, una tranquilidad completa: *facta est tranquillitas magna* <sup>2</sup>. Mas otras veces lo hizo de otra manera más noble y más gloriosa: soltó la rienda á las tempestades, permitió á los vientos agitar las ondas y lanzarlas, si podían, hasta el cielo; y, sin embargo, caminaba por encima de ellas con maravillosa seguridad, pisando con sus pies las olas irritadas.

«De este segundo modo trató Jesús al dolor en su Pa-

<sup>1</sup> THREN., II, 13.

<sup>2</sup> MARG., IV, 39.

sión: podía imperar á las olas, y se habrían aplacado; podía con una sola palabra calmar el dolor y dejar tranquila su alma, pero no le plugo hacerlo. Viéndose llegado al tiempo de los dolores, tuvo á bien darles rienda suelta y dejarles obrar con toda su fuerza. Verdad es que se sobrepuso con segura fortaleza, pero las olas encrespadas estaban; toda su alma estaba agitada, y sentía en lo vivo, hasta el último grado de delicadez, si así puede decirse, todo el peso del tedio, todas las sacudidas del temor, todo el decaimiento de la tristeza. No creais, pues, cristianos, que la constancia que adoramos en el hijo de Dios haya disminuido en nada sus dolores: se sobrepuso á todos, mas todos los sintió; bebió hasta las heces el cáliz de su Pasión; no desperdició una sola gota; no solamente le bebió, sino que lo sintió, lo gustó, y saboreó gota á gota todo su amargor <sup>1</sup>.»

«*Si es posible, pase de mí este cáliz. Sin embargo, no se haga mi voluntad, sino la tuya* <sup>2</sup>.» Así la naturaleza estaba domada, y la conformidad del Padre con el Hijo quedaba tanto más brillantemente afirmada. Pero, ¡qué cara costaba esta victoria! Él mismo parecía tenerle miedo. «Se levantó: vacilaban sus rodillas, y apenas le sostenían; tenía lividos los labios, y se le erizaban los cabellos. Estaba desfigurado y casi desconocido. Teniéndose apenas en pie..., bañado en sudor frío, se aproximó con trabajo adonde habían quedado los tres Apóstoles <sup>3</sup>.»

Después de algunos instantes de estar en vela, el cansancio los había vencido, y dormían esa especie de sueño penoso en que medio se oye y medio se ve, de suerte que le fué fácil despertarlos.

<sup>1</sup> BOSSUET: *Primer sermón del Viernes santo*, I.

<sup>2</sup> LUC., XXII, 42: «*Veruntamen non mea voluntas sed tua fiat.*»

<sup>3</sup> CATALINA ENMERICH: *Douloureuse Passion*, c. II.

«Simón, le dijo con tristeza, ¿duermes? ¿No habéis podido estar en vela conmigo una hora? Velad y orad, para que no entréis en tentación; pues el espíritu está pronto, pero la carne es débil <sup>1</sup>.»

En seguida, sin esperar respuesta, se volvió á la gruta para reanudar su oración, que fué la misma en la substancia, pero con un tinte que importa poner en claro.

«*Padre mío, si no es posible que este cáliz pase sin que yo le beba, hágase tu voluntad* <sup>2</sup>.» Á primera vista, es la misma palabra, *eundem sermonem* que dice San Marcos; y, sin embargo, el pensamiento está profundamente modificado. Jesús no pide que el cáliz se aleje, sino únicamente que la voluntad de su Padre sea cumplida en él. Expresa, es verdad, la persuasión de la omnipotencia divina que podría todavía eximirle de la prueba si quisiera; pero está igualmente convencido de la resolución adoptada por la Sabiduría eterna, y piensa principalmente en el auxilio que necesita para soportar las angustias á que ese decreto le somete. Puesto que ha salido fiador por nosotros, es preciso que pague todo lo que debemos, y ha podido ya medir la extensión de esta deuda, y por ella los sufrimientos á que se condena aceptándola. Necesita insistir en ese juramento, poner en parangón el esfuerzo que va á hacer, y los resultados que obtendrá. Dios no quiere tenderle lazos; su expiación tiene que ser plenamente voluntaria, y, por consiguiente, es preciso que no ignore nada de lo que se le exige.

¡Ay! Ha visto lo menos doloroso; pues sólo ha tenido á la vista los tormentos que vendrán sobre él, dentro de algunos instantes, y le conducirán á morir en una cruz.

<sup>1</sup> MARC., XIV, 37-38: «*Simon, dormis? non potuistis una hora vigilare? Vigilate et orate, ut non intretis in tentationem.*»

<sup>2</sup> MATTH., XXVI, 42: «*Pater mi, si non potest hic calix transire nisi bibam illum, fiat voluntas tua.*»

El sufrir no carece de complacencia cuando se sufre por los que se ama, con esperanza de que les aproveche tanto más cuanto más se sufra, y en particular si se prevee su gratitud y amor. ¿Experimentó Jesús esa complacencia, ó, por lo menos, la deseó al aceptar el padecer por nosotros? Sin duda ninguna, y con una vehemencia proporcionada al amor que nos tiene. ¿Pues quién nos ha amado más, con más vehemencia, generosidad y constancia? ¿Quién, pues, tenía mejor derecho á esperar serenos útil por su Pasión, y á granjearse nuestro reconocimiento? ¿Quién, por tanto, podía sentir su corazón irremediabilmente destrozado por el pensamiento de que serían inútiles y desagradecidos los extremos de su amor?

Por tanto, esa es, sin que podamos dudar de ello, la razón de esta segunda agonía del Redentor. Ve sus padecimientos perdidos para gran número de los que quiere salvar, olvidados, desconocidos y hasta blasfemados por aquellas almas tan queridas, por las cuales va á derramar su sangre como les dió su corazón.

«Que hay hombres, exclama Bourdaloue<sup>1</sup>, y hombres bautizados para los cuales será inútil la Pasión de Jesús; con ser tan saludable, es una verdad demasiado esencial de nuestra religión para que pueda ser ignorada, y demasiado funesta para que no nos cause dolor. Cuando el Salvador, próximo á expirar, lanzó al cielo este grito: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? *Deus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?*», todos creyeron que la violencia de los tormentos le arrancaba esta queja, y tal vez al presente se cree todavía... ¿Y de qué se lamenta? De que la malicia de los pecadores le hace perder lo que debía ser la paga y recompensa de los comba-

<sup>1</sup> Primer sermón de la Pasión, III.

<sup>2</sup> MATTH., XXVII, 46.

tes sostenidos; de que millones de hombres, por quien padece, quedarán excluidos de los beneficios de la Redención. Y como él se mira en ellos como jefe suyo, como los considera, no obstante su indignidad, cual miembros de su cuerpo místico, viéndolos abandonados de Dios, se lamenta de serlo él mismo.... Se lamenta de lo que hacía llorar á San Pablo cuando en los transportes de su celo apostólico decía á los de Galacia. «¿Luego habrá muerto Cristo inútilmente? El misterio de la cruz ¿habrá sido anulado para nosotros? La sangre que en tanta abundancia derramó, ¿no tendrá virtud de santificaros? *Ergo gratis Christus mortuus est? ergo evacuatum est scandalum crucis?*»

Si hay un problema doloroso para nosotros, es ciertamente el de esa locura de los hombres que hacen inútil el sacrificio de un Dios; y, sin embargo, no lo podemos negar, muchas almas dejan de aprovecharse de la Redención, unas porque la rechazan; otras porque la descuidan. Nadie puede salvarse contra su voluntad, y el Apóstol nos da el aviso, fácil de entender, de que *suplamos en nosotros, con nuestra buena voluntad, lo que resta de los sufrimientos de Cristo*<sup>2</sup>, es decir, que nos apliquemos sus frutos, uniéndonos libre y generosamente á la voluntad de nuestro Redentor. Consejo inútil para muchos, si no para el mayor número! No dudemos de la misericordia y el poder de Dios, pero no olvidemos tampoco que *ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva á la perdición, y muchos son los que entran por él*<sup>3</sup>.

Jesús lo vela con igual claridad que había visto los desórdenes de la humanidad, y las necesarias expiaciones

<sup>1</sup> GALAT., V, 11.

<sup>2</sup> COLOSS., I, 24: «Adimpleo ea que desunt passionum Christi.»

<sup>3</sup> MATTH., VII, 13: «Spatisiosa via est que ducit ad perditionem et multi sunt qui intrant per eam.»

nes cuyo principio era él. Á continuación de los ángeles caídos pasaban ante sus ojos las almas seducidas, en un remolino de gemidos y sollozos, arrastradas á los abismos adonde jamás el perdón bajaría á encontrarse con el arrepentimiento. En vano él les tendía sus manos suplicantes con llamamientos de inefable ternura: tales almas no quieren nada con él, aun en la más desesperada situación. Cual madre á quien le quitaran sus hijos para arrojárselos á bestias feroces sin que ella pueda defenderlos, se afana, se consume lamentándose y clamando, sufre mil muertes en medio de la befa de sus verdugos. El corazón de Jesús, digámoslo así, se retorció en la presión del más horrible sufrir. ¡Cuánto más fácil le era entregarse á los azotes, espinas y clavos, que no á estos tristísimos pensamientos! ¡No poder aumentar infinitamente las desgarraduras de su carne y todos los tormentos, por asegurar la salvación de esas almas enloquecidas! Mas no había que pensar en ello: la libertad humana es un obstáculo que detiene al mismo Dios, y por más fuerte que sea el amor, es impotente contra la negativa de amar.

¡Alternativa cruel! No podía menos de aceptar el amargo cáliz sin renunciar á salvar las almas de más buena voluntad: su muerte era el precio de las unas y las otras, y aunque sólo una quedara sin aprovecharse, el sacrificio tenía que ser el mismo, y ofrecido por la redención de todas. Esta obstinación de muchos en rechazar el perdón ¿no era por otra parte la más grave de las ofensas que podían irritar á la divinidad, y no era menester que él satisficiera también por ella? Apartar el cáliz sería, pues, apartar la misericordia para almas capaces de comprenderla, deseársela y merecerla. Fijando tristemente su mirada en los réprobos, tenía á los elegidos en su corazón,

y su mano apretaba la amarga copa con temblor de temor y de sumisión.

«Padre mío, dijo, haciendo un esfuerzo supremo; supuesto que no es posible que pase este cáliz sin que yo le beba, hágase tu voluntad.» Sin atreverse á añadir: «Y no la mía.» ¿Á qué venía recordar que pudiera haber tenido otro deseo<sup>1</sup>? ¿No sería agravar inútilmente el sacrificio?

Salió por segunda vez de la gruta: tenía necesidad de dejar las tinieblas, respirar el aire libre y ver á sus amigos. Cruzó en seguida el espacio que de ellos le separaba, y su boca se abrió para desahogar su alma; pero ellos dormían, y el ruido de sus pasos apenas los despertaba<sup>2</sup>.

«¿Por qué dormís?», les dijo<sup>3</sup>. Pregunta inútil: no sabían qué responderle, pues no podían vencer el sueño. Debíó entonces de oprimirse más el corazón, aunque sin enojarse con esos pobres hijos de los hombres, cuya flaqueza conocía bien cuánta era cuando él no los sostenía.

Volvió á paso lento otra vez al lugar de su oración. Conocía que no estaba todo hecho; la copa sabiamente preparada por la justicia divina, había sustituido la amargura de la superficie con otra que era más intensa á medida que la apuraba. Al presente quedaban *las heces del fondo* anunciadas por los profetas<sup>4</sup>, y no podía prescindir de beberlas. Con sólo pensar en este brebaje se le contraían los labios como tocados de hierro candente, y parecía correr por sus venas el fuego del veneno. En esta ocasión era *la tristeza hasta la muerte*, y la agonía comenzaba de veras.

<sup>1</sup> S. AMEROS: *in Lucam*, lib. X.

<sup>2</sup> MARC., XIV, 40: «Et reversus denuo invenit eos dormientes (erant enim oculi eorum gravati) et ignorabant quid responderent ei.»

<sup>3</sup> LUC., XXII, 46: «Et ait illis: quid dormitis?»

<sup>4</sup> PSALM. LXXIV, 9.—ISAI., LI, 17.



Entonces la misericordia divina se manifestó de una manera sensible. *Un ángel bajó del cielo y se puso de rodillas junto al mártir para darle la fortaleza de soportar el último combate* <sup>1</sup>. Prostrado con el rostro en tierra, oraba Jesús multiplicando sus clamores al Padre, con tanto mayores instancias, cuanto parecía que no se oía su voz. Era que, en efecto, Dios acababa de cerrar sus oídos y su corazón, dejando á *su amado Hijo, al objeto de todas sus complacencias*, en el abandono que este mismo había solicitado cuando pidió ocupar nuestro lugar.

El pecado separó de Dios al hombre, pero al mismo tiempo le quitó todo apoyo, todo consuelo de las criaturas, en contra de la esperanza que se había forjado de tenerlas á discreción y de agitar sus goces. Si la ilusión fué posible, aun después de la rebelión, ya no es tiempo de ilusiones: Dios, apartado un instante, entra en acción, dueño absoluto de todas las cosas, reclamando lo suyo, burlándose de la desnudez y soledad del pecador, llevándose con su amistad, que retira, toda paz y toda confianza. «¡Que se baste ahora á sí mismo, ya que quiso prescindir de Dios! ;Que se defienda de ataques y temores, de tristezas y decepciones, del remordimiento y la desesperación!» La paciencia de Dios ha preparado lentamente esta venganza: «*Mihi vindicta et ego retribuam*. Mía es la venganza, que yo me la tomaré de cada uno, según sus obras <sup>2</sup>.» Grite él ahora: No quiero escucharle: si llora, no quiero verle: si agoniza, no quiero saberlo. «La maldición le cubre como un manto: se le ha infiltrado en las venas como agua, y cual aceite le ha penetrado hasta los huesos. Séale como el vestido

<sup>1</sup> LUC., XXII, 43: «Apparuit autem illi angelus de celo confortans eum. Et factus in agonia prolixius orabat.»—La tradición católica atribuye este ministerio al ángel San Gabriel. (*Breviario romano*, 18 de Marzo.)

<sup>2</sup> ROM., XII, 19.

que le cubre y como la faja que siempre le cife <sup>1</sup>.»

El hombre ha evitado esta maldición, porque el Verbo encarnado se subrogó á él; mas si fué sustituido, lo fué para que la justicia divina pudiera vengar más cumplidamente su injuria. Al hombre solo le era imposible dar verdadera reparación; en el Hombre-Dios, es otra cosa: la humanidad podía pagar su deuda hasta el último cuadrante. La justicia divina tenía que ser inexorable, y lo fué realmente. *Hecho pecador*, si así podemos decirlo, ó más bien, hablando el lenguaje de la Escritura, *hecho pecado* <sup>2</sup> por su voluntad de sustituirse á nosotros, Jesucristo fué en esta hora desechado por su Padre, para que llevara todo el peso de nuestras culpas y nos mereciera rigurosamente el perdón: «*Ha sido triturado*, dice el profeta, *á causa de nuestros deleites, y con su sangre hemos sido sanados* <sup>3</sup>.»

De este modo, abandonado Jesús de Dios y de los hombres, llevaba el peso de nuestras iniquidades y de la cólera celeste. Su alma y su cuerpo estaban en prensa: *Y fué su sudor como gotas de sangre que caía hasta el suelo* <sup>4</sup>, y su pecho anhelante parecía próximo á exhalar el último aliento.

«Ciertísimamente habría muerto, dice Bossuet, por la fuerza sola de este dolor, si el poder divino no le hubiera sostenido, reservándole para otros suplicios: mas no debiendo llegar hasta la muerte, llegó por lo menos á la agonía: *Factus in agonia*.»

<sup>1</sup> PSALM. CVIII, 18: «Induit maledictionem sicut vestimentum, et intravit sicut aqua in interiora ejus, et sicut oleum in ossibus ejus. Fiat ei sicut vestimentum quo operitur, et sicut zona qua semper praecingitur.»

<sup>2</sup> II COR., V, 21: «Eum qui non noverat peccatum, pro nobis Deus peccatum fecit.»

<sup>3</sup> ISAI., LIII, 5: «Attritus est propter scelera nostra et livore ejus sati sumus.»

<sup>4</sup> LUC., XXII, 44: «Et factus est sudor ejus sicut guttae sanguinis decurrentis in terram.»

«¿Y qué agonía fué ésta, que excede infinitamente á lo que vemos en los demás hombres? En ellos el alma se esfuerza para no separarse del cuerpo; es arrancada violentamente de él: en Jesús, el alma dispuesta á salir del cuerpo es retenida en él por autoridad superior. En los moribundos, el alma combate por no dejar á la carne, á quien ama; cuando la muerte se apodera de las extremidades, el alma se retira adentro; arrojada de todas partes, se atrinchera en el corazón, y allí se sostiene, se difunde y lucha contra la muerte, que por fin la desaloja con la postrera acometida. En nuestro Salvador, por el contrario, perturbada la armonía del cuerpo, desconcertado el orden, perdido todo el vigor hasta verter la sangre á torrentes, el alma es retenida por una orden expresa y por una fuerza superior. Vivid, pues, amantísimo Jesús; vivid para sufrir los nuevos tormentos que os esperan; reservad algo para los Judíos, que se aproximan, y para el traidor Judas que viene al frente de ellos. Basta con haber probado á los pecadores que el pecado sobraba para daros la muerte por sí solo sin los tormentos del cuerpo <sup>1</sup>.»

Esta vez la copa había sido apurada hasta las heces: la prueba estaba terminada. Se disiparon las sombras, y la luz serena que iluminaba su alma antes de estas angustias, brilló en ella de nuevo. Con la paz le volvieron las fuerzas; comprendía que *el Padre le había oído* <sup>2</sup>; estaba ya seguro de la redención de los hombres, y no temía dar el precio con que debía pagarla. Así volvió hacia sus discípulos con rostro sereno. Había enjugado su frente y recobrado su fisonomía ordinaria, si bien con el aspecto de majestuosa gravedad, que era propio de aquel trance. El

<sup>1</sup> Primer sermón del Viernes santo, I.

<sup>2</sup> HEBR., V, 7: «Exauditus est, etc....»

infierno debió de estremecerse de sorpresa y rabia viéndole adelantarse así; *el cordero pronto á inmolarse* había cedido el lugar al *león de Judá* <sup>1</sup>, que caminaba derecho á sus enemigos para ponerles en fuga <sup>2</sup>. Podía intentarse todavía contra él un esfuerzo desesperado; pero ya se cernía en el aire esa especie de espanto que presagia las derrotas.

A pesar de todo, Pedro, Santiago y Juan seguían durmiendo. Contemplándolos un instante con cierta lástima <sup>3</sup>: «Dormid, dijo á media voz, y descansad ahora <sup>4</sup>»; y tras un poco de silencio: «Basta; es llegada la hora en que el Hijo del hombre debe ser entregado en manos de los pecadores. Levantaos: vámonos; está muy cerca el que me va á entregar <sup>5</sup>.»

Era efectivamente la hora; sentíase ruido de pasos en el camino, y por entre la frondosidad penetraban rayos de luz rojiza: un instante después, Judas consumaba su traición.

<sup>1</sup> APOC., V, 5: «Vicit leo de tribu Juda.»

<sup>2</sup> PSALM. LXVII, 2: «Fugiat qui oderunt eum a facie ejus.»

<sup>3</sup> THEOPHYLACT: *In Marcum*, XIV.

<sup>4</sup> MATTH., XXVI, 45: «Dicit illis: Dormite jam et requiescite.»

<sup>5</sup> MARC., XIV, 41-42: «Sufficit. Venit hora: ecce Filius hominis tradetur in manus peccatorum. Surgite, eamus. Ecce qui me tradet prope est.»